

DIALOGOS – DIALOGUES



Save the date!!
Join the IE Cultural Day!
WORLD BOOK DAY 22nd April 2016



link Campus groups



DIALOGOS ESPAÑOL

(Mujer-Mujer; Hombre-Hombre; Hombre-Mujer)

- MUJER-MUJER:

1. EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA. Primera Parte.

Autor: Miguel de Cervantes.

Capítulo XLIII. Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros estraños acaecimientos en la venta sucedidos.

DOROTEA:

Perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gustes de oír la mejor voz que quizá habrás oído en toda tu vida.

CLARA:

¡Ay señora de mi alma y de mi vida!, ¿para qué me despertastes?; que el mayor bien que la fortuna me podía hacer por ahora era tenerme cerrados los ojos y los oídos, para no ver ni oír a ese desdichado músico.

DOROTEA:

¿Qué es lo que dices, niña?; mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas.

CLARA:

No es sino señor de lugares, y el que le tiene en mi alma con tanta seguridad que si él no quiere dejalle, no le será quitado eternamente.

DOROTEA:

Habláis de modo, señora Clara, que no puedo entenderos: declaraos más y decidme qué es lo que decís de alma y de lugares, y deste músico, cuya voz tan inquieta os tiene. Pero no me digáis nada por ahora, que no quiero perder, por acudir a vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oír al que canta; que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna a su canto.

CLARA:

Sea en buen hora.

[...]

(entre sollozos)

Este que canta, señora mía, es un hijo de un caballero natural del reino de Aragón, señor de dos lugares, el cual vivía frontero de la casa de mi padre en la Corte; y, aunque mi padre tenía las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fue, ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vio, ni sé si en la iglesia o en otra parte. Finalmente, él se enamoró de mí, y me lo dio a entender desde las ventanas de su casa con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer, y aun querer, sin saber lo que me quería. Entre las señas que me hacía, era una de juntarse la una mano con la otra, dándome a entender que se casaría conmigo; y, aunque yo me holgaría mucho de que así fuera, como sola y sin madre, no sabía con quién comunicallo, y así, lo dejé estar sin darme otro favor si no era, cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo también, alzar un poco el lienzo o la celosía y dejarme ver toda, de lo que él hacía tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, a lo que yo entiendo, de pesadumbre; y así, el día que nos partimos nunca pude verle para despedirme dél, siquiera con los ojos. Pero, a cabo de dos días que caminábamos, al entrar de una posada, en un lugar una jornada de aquí, le vi a la puerta del mesón, puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural que si yo no le trujera tan retratado en mi alma fuera imposible conocelle. Conocíle, admiréme y alegréme; él me miró a hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde cuando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos; y, como yo sé quién es, y considero que por amor de mí viene a pie y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los pies pongo yo los ojos. No sé con qué intención viene, ni cómo ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y más le sé decir: que todo aquello que canta lo saca de su cabeza; que he oído decir que es muy gran estudiante y poeta. Y hay más: que cada vez que le veo o le oigo cantar, tiemblo toda y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y, con todo eso, le quiero de manera que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mía, todo lo que os puedo decir deste músico, cuya voz tanto os ha contentado; que en sola ella echaréis bien de ver que no es mozo de mulas, como decís, sino señor de almas y lugares, como yo os he dicho.

DOROTEA:

No digáis más, señora doña Clara; no digáis más, digo, y esperad que venga el nuevo día, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen.

CLARA:

¡Ay señora! ¿qué fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico que le parecerá que aun yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto más esposa? Pues casarme yo a hurto de mi padre, no lo haré por cuanto hay en el mundo. No querría sino que este

mozo se volviese y me dejase; quizá con no velle y con la gran distancia del camino que llevamos se me aliviaría la pena que ahora llevo, aunque sé decir que este remedio que me imagino me ha de aprovechar bien poco. No sé qué diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años; que para el día de San Miguel que vendrá dice mi padre que los cumplo.

DOROTEA:

Reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos, o mal me andarán las manos.

2. LA ENTRETENIDA. Jornada primera. Autor: Miguel de Cervantes

Marcela y Dorotea (su criada)

DOROTEA:

Dime, señora: ¿qué muestra
te ha dado tu hermano [t]al,
que sea indicio y señal
de alguna intención siniestra?
No puedo darme a entender
que te ama viciosamente,
aunque es caso contingente.

MARCELA:

¡Y cómo si puede ser!
¿Ya no se sabe que Amón
amó a su hermana Tamar?
¿Y no nos vienen a dar
Mirra y su padre ocasión
de temer estos incestos?

DOROTEA:

Con todo, señora, creo
que encamina su deseo
por términos más compuestos,
que a cuerpo y alma tiene inconveniencia?
Tu duro alfanje a mayor mal se estiende,
pues un espíritu en dos mitades parte.
¡Oh milagros de amor, que nadie entiende!
Que, del lugar de do mi alma parte,
dejando su mitad con quien la enciende,
consigo traiga la más frágil parte.
¡Oh Marcela fugitiva
y sorda al lamento mío!
¿Cómo quiere tu desvío
que ausente muriendo viva?
¿Dónde te escondes? ¿Qué clima,
inhabitable te encierra?
¿Cómo a tu paz no da guerra
el dolor que me lastima?
¡Téngote siempre delante,
y no te puedo alcanzar!

MARCELA:

Para temer y pensar,
¿esto no es causa bastante?

DOROTEA:

Sí, por cierto. Nunca estés
sola, si fuere posible;
de que aspire a lo imposible,
jamás ocasión le des;

rómpase en tu honestidad,
en tu advertencia y recato,
la fuerza de su mal trato,
que nace de ociosidad.
Y vámonos, no nos vea;
dé a solas rienda a su intento.

MARCELA:

Yo estoy en tu pensamiento,
que es muy bueno, Dorotea.

3. TRATO DE ARGEL. Segunda Jornada. Autor: Miguel de Cervantes.

ZAHARA

Cristiana, di: ¿de adónde eres?
¿Eres pobre, o eres rica?
¿De suerte ensalzada, o chica?
No me lo niegues, si quieres,
porque soy, cual tú, mujer,
y no de entrañas tan duras
que tus tristes desventuras
no me hayan de enternecer.

SILVIA

Señora, soy de Granada,
y de suerte así abatida,
cual lo muestra el ser vendida
a cada paso y comprada.
Dicen que fui rica un tiempo,
pero toda mi riqueza
se ha vuelto en mayor pobreza
y ha pasado con el tiempo.

ZAHARA

¿Has algún tiempo tenido
enamorado deseo?

SILVIA

Al estado en que me veo,
el crudo Amor me ha traído.

ZAHARA

¿Fuiste acaso bien querida?

SILVIA

Fuilo; y quise con ventaja
tal, que apenas la mortaja
borrará fe tan subida.

ZAHARA

¿Fuiste querida primero,
o empezó el amor de ti?

SILVIA

Primero querida fui
del que quise, querré y quiero.

ZAHARA

¿Es mozo?

SILVIA

Y aun gentilhombre.

ZAHARA

¿Es cristiano?

SILVIA

Pues ¡qué!, ¿moro?
¡No sale de su decoro
quien ha de cristiano el nombre!

ZAHARA

¿Y es pecado querer bien
a un moro?

SILVIA

Yo no sé nada;
sé que es cosa reprobada,
y a cristianas no está bien.

ZAHARA

¿Y querer mora a cristiano?

SILVIA

Eso tú mejor lo entiendes.

ZAHARA

¡Ay, Silvia, cómo me ofendes
y me lastimas temprano!

SILVIA

¿Yo, mi señora? ¿En qué suerte?

ZAHARA

Escucha y te lo diré;
que, en oyéndome, bien sé
que vendrás de mí a dolerte.

- **HOMBRE-HOMBRE:**

1. EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA. Capítulo VIII.

Autor: Miguel de Cervantes

DON QUIJOTE

La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear, porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

SANCHO PANZA

¿Qué gigantes?

DON QUIJOTE

Aquellos que allí ves de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

SANCHO PANZA

Mire vuestra merced que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen

andar la piedra del molino.

DON QUIJOTE

Bien parece que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

[Gritando a los molinos]

Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Pues, aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

[D. Quijote cae al suelo]

SANCHO PANZA

¡Válame Dios! ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

DON QUIJOTE

Calla, amigo Sancho, que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas, al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

SANCHO PANZA

Dios lo haga como puede.

[Sancho ayuda a D. Quijote a levantarse]

DON QUIJOTE

Yo me acuerdo haber leído que un caballero español, llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron, desde aquel día en adelante, Vargas y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquél, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

SANCHO PANZA

A la mano de Dios; yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

DON QUIJOTE

Así es la verdad; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.

SANCHO PANZA

Si eso es así, no tengo yo qué replicar, pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

2. RINCONETE Y CORTADILLO. Novelas Ejemplares. Autor: Miguel de Cervantes.

RINCONETE (PEDRO DEL RINCÓN)

¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre, y para adónde bueno camina?

CORTADILLO (DIEGO CORTADO)

Mi tierra, señor caballero, no la sé, ni para dónde camino, tampoco.

RINCONETE

Pues en verdad que no parece vuesa merced del cielo, y que éste no es lugar para hacer su asiento en él; que por fuerza se ha de pasar adelante.

CORTADILLO

Así es, pero yo he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mía, pues no tengo en ella más de un padre que no me tiene por hijo y una madrastra que me trata como alnado; el camino que llevo es a la ventura, y allí le daría fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida.

RINCONETE

Y ¿sabe vuesa merced algún oficio?

CORTADILLO

No sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gamo y corto de tijera muy delicadamente.

RINCONETE

Todo eso es muy bueno, útil y provechoso, porque habrá sacristán que le dé a vuesa merced la ofrenda de Todos Santos, porque para el Jueves Santo le corte florones de papel para el monumento.

CORTADILLO

No es mi corte desa maner, sino que mi padre, por la misericordia del cielo, es sastre y calcetero, y me enseñó a cortar antiparas, que, como vuesa merced bien sabe, son medias calzas con avampiés, que por su propio nombre se suelen llamar polainas; y córtolas tan bien, que en verdad que me podría examinar de maestro, sino que la corta suerte me tiene arrinconado.

RINCONETE

Todo eso y más acontece por los buenos y siempre he oído decir que las buenas habilidades son las más perdidas, pero aún edad tiene vuesa merced para enmendar su ventura. Mas, si yo no me engaño y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuesa merced secretas, y no las quiere manifestar.

CORTADILLO

Sí tengo, pero no son para en público, como vuesa merced ha muy bien apuntado.

RINCONETE

Pues yo le sé decir que soy uno de los más secretos mozos que en gran parte se puedan hallar; y, para obligar a vuesa merced que descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mío primero; porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser, déste hasta el último día de nuestra vida, verdaderos amigos. «Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de continuo pasan; mi nombre es Pedro del Rincón; mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada: quiero decir que es bulero, o buldero, como los llama el vulgo. Algunos días le acompañé en el oficio, y le aprendí de manera, que no daría ventaja en echar las bulas al que más presumiese en ello. Pero, habiéndome un día aficionado más al dinero de las bulas que a las mismas bulas, me abracé con un talego y di conmigo y con él en Madrid, donde con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos días saqué las entrañas al talego y le dejé con más dobles que pañizuelo de desposado. Vino el que tenía a cargo el dinero tras mí, prendieronme, tuve poco favor, aunque, viendo aquellos señores mi poca edad, se contentaron con que me arrimasen al aldabilla y me mosqueasen las espaldas por un rato, y con que saliese desterrado por cuatro años de la Corte.

3. PEDRO DE URDEMALAS. Jornada Primera. Autor: Miguel de Cervantes

Clemente

De tu ingenio, Pedro amigo,
y nuestra amistad se puede
fiar más de lo que digo,
porque él al mayor excede,
y della el mundo es testigo;
así, que es de calidad
tu ingenio y nuestra amistad,
que, sin buscar otro medio,
en ambos pongo el remedio
de toda mi enfermedad.
Esa hija de tu amo,
la que se llama Clemencia,
a quien yo Justicia llamo,
la que huye mi presencia,
cual del cazador el gamo;
ésa, a quien naturaleza
dio el extremo de belleza
que has visto, me tiene tal,
que llega al punto mi mal
do llega el de su lindeza.
Cuando pensé que ya estaba
algo crédula al cuidado
que en mis ansias le mostraba,
yo no sé quién la ha trocado

de cordera en tigre brava,
ni sé yo por qué mentiras
sus masedumbres en iras
ha vuelto, ni sé, ¡oh Amor!,
por qué con tanto rigor
contra mí tus flechas tiras.

Pedro

Bobear; dime, en efeto,
lo que quieres.

Clemente

Pedro, hermano,
que me libres deste aprieto
con algún consejo sano
o ayuda de hombre discreto.

Pedro

¿Han llegado tus deseos
a más que dulces floreos,
o has tocado en el lugar
donde Amor suele fundar
el centro de sus empleos?

Clemente

Pues sabes que soy pastor,
entona más bajo el punto,
habla con menos primor.

Pedro

Que si eres, te pregunto,
Amadís o Galaor.

Clemente

No soy sino Antón Clemente,
y andas, Pedro, impertinente
en hablar por tal camino.

Pedro

([Aparte] Pan por pan, vino por vino,
se ha de hablar con esta gente).
¿Haste visto con Clemencia
a solas o en parte oscura,
donde ella te dio licencia
de alguna desenvoltura
que encargase la conciencia?

Clemente

Pedro, el cielo me confunda,
y la tierra aquí me hunda,
y el aire jamás me aliente,
si no es un amor decente
en quien el mío se funda.
Del padre el rico caudal
el mío pobre desprecia
por no ser al suyo igual,
y entiendo que sólo precia
el de Llorente y Pascual,

que son ricos, y es razón
que se lleve el corazón
tras sí de cualquier mujer,
no el querer, sino el tener
del oro la posesión.
Y, demás desto, Clemencia
a mi amor no corresponde
por no sé qué impertinencia
que le han dicho, y así, esconde
de mis ojos su presencia;
y si tú, Pedro, no haces
de nuestras riñas las paces,
ya por perdido me cuento.

Pedro

O no tendré entendimiento,
o he de trazar tus solaces.
Si sale, como imagino,
hoy mi amo por alcalde,
te digo, como adivino,
que hoy no te trujo de balde
a hablar conmigo el destino.
Tú verás cómo te entrego
en holganza y en sosiego
el bien que interés te veda,
y que al dártelo preceda
promesa, dádiva y ruego.
Y, en tanto que esto se traza,
vuelve los ojos y mira

los lazos con que te enlaza
Amor, y por quien suspira
Febo, que allí se disfraza;
mira a los rubios cabellos
de Clemencia, y mira entre ellos
al lascivo Amor jugando,
y cómo se va admirando
por ver que se mira en ellos.
Benita viene con ella,
su prima, cual si viniese
con el sol alguna estrella
que no menos luz nos diese
que el mismo sol: tal es ella.
Clemente, ten advertencia
que, si llega aquí Clemencia,
te le humilles: yo a Benita,
como a una cosa bendita
le pienso hacer reverencia.
Dile con lengua curiosa
cosas de que no disguste,
y ten por cierta una cosa:
que no hay mujer que no guste
de oírse llamar hermosa.
Liberal desta moneda
te muestra; no tengas queda
la lengua en sus alabanzas,
verás volver las mudanzas
de la variable rueda.

- **HOMBRE-MUJER:**

1. LA GRAN SULTANA. Jornada Tercera. Autor: Miguel de Cervantes

(Salen la SULTANA y su PADRE, vestido de negro.)

PADRE

Hija, por más que me arguyas,
no puedo darme a entender
sino que has venido a ser
lo que eres por culpas tuyas;
quiero decir, por tu gusto;
que, a tenerle más cristiano,
no gozara este tirano
de gusto que es tan injusto.
¿Qué señales de cordeles
descubren tus pies y brazos?
¿Qué ataduras o qué lazos
fueron para ti crüeles?
De tu propia voluntad
te has rendido, convencida
desta licenciosa vida,
desta pompa y majestad.

SULTANA

Si yo de consentimiento
pacífico he convenido
con el deste descreído,
ministro de mi tormento,
todo el Cielo me destruya,
y, atenta a mi perdición,
se me vuelva en maldición,
padre, la bendición tuya.

Mil veces determiné
antes morir que agradalle;
mil veces, para enojalle,
sus halagos desprecié;
pero todo mi desprecio,
mis desdenes y arrogancia
fueron medio y circunstancia
para tenerme en más precio.

Con mi celo le encendía,
con mi desdén le llamaba,
con mi altivez le acercaba
a mí cuando más huía.

Finalmente, por quedarme
con el nombre de cristiana,
antes que por ser sultana,

medrosa vine a entregarme.

PADRE

Has de advertir en tu mal,
y sé que lo advertirás,
que por lo menos estás,
hija, en pecado mortal.

Mira el estado que tienes,
y mira cómo te vales,
porque está lleno de males,
aunque parece de bienes.

SULTANA

Pues sabrás aconsejarme,
dime, mas es disparate:
¿será justo que me mate,
ya que no quieren matarme?

¿Tengo de morir a fuerza
de mí misma? Si no quiere
Él que viva, ¿me requiere
matarme por gusto o fuerza?

PADRE

Es la desesperación

pecado tan malo y feo,
que ninguno, según creo,
le hace comparación.

El matarse es cobardía
y es poner tasa a la mano
liberal del Soberano

Bien que nos sustenta y cría.

Esta gran verdad se ha visto
donde no puede dudarse:
que más pecó en ahorcarse
Judas que en vender a Cristo.

SULTANA

Mártir soy en el deseo,
y, aunque por agora duerma
la carne frágil y enferma
en este maldito empleo,
espero en la luz que guía
al cielo al más pecador,
que ha de dar su resplandor
en mi tiniebla algún día;
y desta cautividad,
adonde reino ofendida,
me llevará arrepentida

a la eterna libertad.

PADRE

Esperar y no temer
es lo que he de aconsejar,
pues no se puede abreviar
de Dios el sumo poder.

En su confianza atino,
y no en mal discurso pinto
deste ciego laberinto
a la salida el camino;
pero si fuera por muerte,
no la huyas, está firme.

SULTANA

Mis propósitos confirme
el cielo en mi triste suerte,
para que, poniendo el pecho
al rigor jamás pensado,
Él quede de mí pagado
y vos, padre, satisfecho.

Y voyme, porque esta tarde
tengo mucho en que entender;
que el Gran Señor quiere hacer

de mis donaires alarde.

Si os queréis hallar allí,
padre, en vuestra mano está.

PADRE

¿Cómo hallarse allí podrá
quien está perdido aquí?
Guardarás de honestidad
el decoro en tus placeres,
y haz aquello que supieres
alegre y con brevedad;
da indicios de bien criada
y bien nacida.

SULTANA

Sí haré,
puesto que sé que no s[é]
de gracias algo, ni aun nada.

PADRE

¡Téngate Dios de su mano!
¡Ve con él, prenda querida,
malcontenta y bien servida;
yo, triste y alegre en vano!

2. EL AMANTE LIBERAL. Novelas Ejemplares. Autor: Miguel de Cervantes

MAHAMUT:

¿Conocéis acaso en esta ciudad a un caballero rico y noble que se llama Ricardo?

LEONISA:

Sí conozco, por mi mal.

MAHAMUT:

¿Cómo por vuestro mal?

LEONISA:

Porque él me conoció a mí por el suyo y por mi desventura -respondió Leonisa.

MAHAMUT:

¿Y, por ventura conocistes también en la misma ciudad a otro caballero de gentil disposición, hijo de padres muy ricos, y él por su persona muy valiente, muy liberal y muy discreto, que se llamaba Cornelio?

LEONISA:

También le conozco y podré decir más por mi mal que no a Ricardo. Mas, ¿quién sois vos, señor, que los conocéis y por ellos me preguntáis?

MAHAMUT:

Soy natural de Palermo, que por varios accidentes estoy en este traje y vestido, diferente del que yo solía traer, y conózcolos porque no ha muchos días que entrambos estuvieron en mi poder, que a Cornelio le cautivaron unos moros de Trípol de Berbería y le vendieron a un turco que le trujo a esta isla, donde vino con mercancías, porque es

mercader de Rodas, el cual fiaba de Cornelio toda su hacienda.

LEONISA:

Bien se la sabrá guardar porque sabe guardar muy bien la suya; pero decidme, señor, ¿cómo o con quién vino Ricardo a esta isla?

MAHAMUT:

Vino con un cosario que le cautivó estando en un jardín de la marina de Trápana, y con él dijo que habían cautivado a una doncella que nunca me quiso decir su nombre. Estuvo aquí algunos días con su amo, que iba a visitar el sepulcro de Mahoma, que está en la ciudad de Almedina, y al tiempo de la partida cayó Ricardo muy enfermo y indispueto, que su amo me lo dejó, por ser de mi tierra, para que le curase y tuviese cargo dél hasta su vuelta, o que si por aquí no volviere, se le enviase a Constantinopla, que él me avisaría cuando allá estuviese. Pero el cielo lo ordenó de otra manera, pues el sin ventura de Ricardo, sin tener accidente alguno, en pocos días se acabaron los de su vida, siempre llamando entre sí a una Leonisa, a quien él me había dicho que quería más que a su vida y a su alma; la cual Leonisa me dijo que en una galeota que había dado al través en la isla de la Pantanalea se había ahogado, cuya muerte siempre lloraba y siempre plañía, hasta que le trujo a término de perder la vida, que yo no le sentí enfermedad en el cuerpo, sino muestras de dolor en el alma.

LEONISA:

Decidme, señor, ese mozo que decís, en las pláticas que trató con vos (que, como de una patria, debieron ser muchas), ¿nombró alguna vez a esa Leonisa con todo el modo con que a ella y a Ricardo cautivaron?

MAHAMUT:

Sí nombró, y me preguntó si había aportado por esta isla una cristiana dese nombre, de tales y tales señas, a la cual holgaría de hallar para rescatarla, si es que su amo se había ya desengañado de que no era tan rica como él pensaba, aunque podía ser que por haberla gozado la tuviese en menos; que, como no pasasen de treientos o

cuatrocientos escudos, él los daría de muy buena gana por ella, porque un tiempo la había tenido alguna afición.

LEONISA:

Bien poca debía de ser, pues no pasaba de cuatrocientos escudos; más liberal es Ricardo, y más valiente y comedido; Dios perdone a quien fue causa de su muerte, que fui yo, que yo soy la sin ventura que él lloró por muerta; y sabe Dios si holgara de que él fuera vivo para pagarle con el sentimiento, que viera que tenía de su desgracia el que él mostró de la mía. Yo, señor, como ya os he dicho, soy la poco querida de Cornelio y la bien llorada de Ricardo, que, por muy muchos y varios casos, he venido a este miserable estado en que me veo; y, aunque es tan peligroso, siempre, por favor del cielo, he conservado en él la entereza de mi honor, con la cual vivo contenta en mi miseria. Ahora, ni sé donde estoy, ni quién es mi dueño, ni adónde han de dar conmigo mis contrarios hados, por lo cual os ruego, señor, siquiera por la sangre que de cristiano tenéis, me aconsejéis en mis trabajos; que, puesto que el ser muchos me han hecho algo advertida, sobrevienen cada momento tantos y tales, que no sé cómo me he de avenir con ellos.

3. EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA. Autor: Miguel de Cervantes

Capítulo XXIX. Que trata de la discreción de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo (dramatización)

DOROTEA:

De aquí no me levantaré, ¡oh valeroso y esforzado caballero!, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la más desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto. Y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde a la voz de vuestra inmortal fama, obligado estáis a favorecer a la sin ventura que de tan lueñes tierras viene, al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas.

QUIJOTE:

No os responderé palabra, hermosa señora, ni oiré más cosa de vuestra hacienda, fasta que os levantéis de tierra.

DOROTEA:

No me levantaré, señor, si primero, por la vuestra cortesía, no me es otorgado el don que pido.

QUIJOTE:

Yo vos le otorgo y concedo, como no se haya de cumplir en daño o mengua de mi rey, de mi patria y de aquella que de mi corazón y libertad tiene la llave.

DOROTEA:

No será en daño ni en mengua de los que decís, mi buen señor.

[...]

QUIJOTE:

Sea quien fuere, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia, conforme a lo que profesado tengo.

La vuestra gran ferrosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere.

DOROTEA:

Pues el que pido es que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna hasta darme venganza de un traidor que, contra todo derecho divino y humano, me tiene usurpado mi reino.

QUIJOTE:

Digo que así lo otorgo y así podéis, señora, desde hoy más, desechar la malenconía que os fatiga y hacer que cobre nuevos bríos y fuerzas vuestra desmayada esperanza; que,

con el ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os veréis presto restituida en vuestro reino y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, a pesar y a despecho de los follones que contradecirlo quisieren. Y manos a labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro. Vamos de aquí, en el nombre de Dios, a favorecer esta gran señora.

DIALOGUES IN ENGLISH

(Woman-Woman; Man-Man; Man-Woman)

- **WOMAN-WOMAN:**

1. MUCH ADO ABOUT NOTHING. (Act III. Scene I). Author: William Shakespeare

LEONATO'S garden.

HERO

Now, Ursula, when Beatrice doth come,
As we do trace this alley up and down,
Our talk must only be of Benedick.
When I do name him, let it be thy part
To praise him more than ever man did merit:
My talk to thee must be how Benedick
Is sick in love with Beatrice. Of this matter
Is little Cupid's crafty arrow made,

That only wounds by hearsay.

Enter BEATRICE, behind

Now begin;

For look where Beatrice, like a lapwing, runs

Close by the ground, to hear our conference.

URSULA

The pleasant'st angling is to see the fish

Cut with her golden oars the silver stream,

And greedily devour the treacherous bait:

So angle we for Beatrice; who even now

Is couched in the woodbine coverture.

Fear you not my part of the dialogue.

HERO

Then go we near her, that her ear lose nothing

Of the false sweet bait that we lay for it.

Approaching the bower

No, truly, Ursula, she is too disdainful;

I know her spirits are as coy and wild

As haggerds of the rock.

URSULA

But are you sure

That Benedick loves Beatrice so entirely?

HERO

So says the prince and my new-trothed lord.

URSULA

And did they bid you tell her of it, madam?

HERO

They did entreat me to acquaint her of it;

But I persuaded them, if they loved Benedick,

To wish him wrestle with affection,

And never to let Beatrice know of it.

URSULA

Why did you so? Doth not the gentleman

Deserve as full as fortunate a bed

As ever Beatrice shall couch upon?

HERO

O god of love! I know he doth deserve

As much as may be yielded to a man:

But Nature never framed a woman's heart

Of prouder stuff than that of Beatrice;

Disdain and scorn ride sparkling in her eyes,

Misprising what they look on, and her wit

Values itself so highly that to her

All matter else seems weak: she cannot love,

Nor take no shape nor project of affection,

She is so self-endear'd.

URSULA

Sure, I think so;
And therefore certainly it were not good
She knew his love, lest she make sport at it.

HERO

Why, you speak truth. I never yet saw man,
How wise, how noble, young, how rarely featured,
But she would spell him backward: if fair-faced,
She would swear the gentleman should be her sister;
If black, why, Nature, drawing of an antique,
Made a foul blot; if tall, a lance ill-headed;
If low, an agate very vilely cut;
If speaking, why, a vane blown with all winds;
If silent, why, a block moved with none.
So turns she every man the wrong side out
And never gives to truth and virtue that
Which simpleness and merit purchaseth.

URSULA

Sure, sure, such carping is not commendable.

HERO

No, not to be so odd and from all fashions
As Beatrice is, cannot be commendable:
But who dare tell her so? If I should speak,
She would mock me into air; O, she would laugh me
Out of myself, press me to death with wit.
Therefore let Benedick, like cover'd fire,
Consume away in sighs, waste inwardly:
It were a better death than die with mocks,
Which is as bad as die with tickling.

URSULA

Yet tell her of it: hear what she will say.

HERO

No; rather I will go to Benedick
And counsel him to fight against his passion.
And, truly, I'll devise some honest slanders
To stain my cousin with: one doth not know
How much an ill word may empoison liking.

URSULA

O, do not do your cousin such a wrong.
She cannot be so much without true judgment--
Having so swift and excellent a wit
As she is prized to have--as to refuse
So rare a gentleman as Signior Benedick.

HERO

He is the only man of Italy.
Always excepted my dear Claudio.

URSULA

I pray you, be not angry with me, madam,
Speaking my fancy: Signior Benedick,
For shape, for bearing, argument and valour,
Goes foremost in report through Italy.

HERO

Indeed, he hath an excellent good name.

URSULA

His excellence did earn it, ere he had it.
When are you married, madam?

HERO

Why, every day, to-morrow. Come, go in:
I'll show thee some attires, and have thy counsel
Which is the best to furnish me to-morrow.

URSULA

She's limed, I warrant you: we have caught her, madam.

HERO

If it proves so, then loving goes by haps:
Some Cupid kills with arrows, some with traps.

Exeunt HERO and URSULA

2. *ROMEO AND JULIET. (Act I, Scene 5). Author: William Shakespeare*

JULIET

Come hither, nurse. What is yond gentleman?

Nurse

The son and heir of old Tiberio.

JULIET

What's he that now is going out of door?

Nurse

Marry, that, I think, be young Petrucio.

JULIET

What's he that follows there, that would not dance?

Nurse

I know not.

JULIET

Go ask his name: if he be married.
My grave is like to be my wedding bed.

Nurse

His name is Romeo, and a Montague;
The only son of your great enemy.

JULIET

My only love sprung from my only hate!
Too early seen unknown, and known too late!
Prodigious birth of love it is to me,
That I must love a loathed enemy.

Nurse

What's this? what's this?

JULIET

A rhyme I learn'd even now
Of one I danced withal.
One calls within 'Juliet.'

Nurse

Anon, anon!
Come, let's away; the strangers all are gone.

3. *A MIDSUMMER-NIGHT'S DREAM (Act I, Scene 1). Author: William Shakespeare*

HERMIA

God speed fair Helena! whither away?

HELENA

Call you me fair? that fair again unsay.
Demetrius loves your fair: O happy fair!
Your eyes are lode-stars; and your tongue's sweet air
More tuneable than lark to shepherd's ear,
When wheat is green, when hawthorn buds appear.
Sickness is catching: O, were favour so,
Yours would I catch, fair Hermia, ere I go;
My ear should catch your voice, my eye your eye,
My tongue should catch your tongue's sweet melody.
Were the world mine, Demetrius being bated,
The rest I'd give to be to you translated.
O, teach me how you look, and with what art
You sway the motion of Demetrius' heart.

HERMIA

I frown upon him, yet he loves me still.

HELENA

O that your frowns would teach my smiles such skill!

HERMIA

I give him curses, yet he gives me love.

HELENA

O that my prayers could such affection move!

HERMIA

The more I hate, the more he follows me.

HELENA

The more I love, the more he hateth me.

HERMIA

His folly, Helena, is no fault of mine.

HELENA

None, but your beauty: would that fault were mine!

HERMIA

Take comfort: he no more shall see my face;

Lysander and myself will fly this place.

Before the time I did Lysander see,

Seem'd Athens as a paradise to me:

O, then, what graces in my love do dwell,

That he hath turn'd a heaven unto a hell!

- **MAN - MAN:**

1. RICHARD III, (Act 5, Scene IV. Another part of the field). Author: William Shakespeare

Alarum: excursions. Enter NORFOLK and forces fighting; to him CATESBY

CATESBY

Rescue, my Lord of Norfolk, rescue, rescue!

The king enacts more wonders than a man,

Daring an opposite to every danger:

His horse is slain, and all on foot he fights,

Seeking for Richmond in the throat of death.

Rescue, fair lord, or else the day is lost!

Alarums. Enter KING RICHARD III

KING RICHARD III

A horse! a horse! my kingdom for a horse!

CATESBY

Withdraw, my lord; I'll help you to a horse.

KING RICHARD III

Slave, I have set my life upon a cast,

And I will stand the hazard of the die:

I think there be six Richmonds in the field;

Five have I slain to-day instead of him.

A horse! a horse! my kingdom for a horse!

Exeunt

2. THE SECOND PART OF HENRY IV (Act III, Scene 2). Author: William Shakespeare

FALSTAFF

Come, thou shalt go to the wars in a gown; we wilt have away thy cold; and I will take such order that my friends shall ring for thee. Is here all?

SHALLOW

Here is two more called than your number, you must have but four here, sir: and so, I pray you, go in with me to dinner.

FALSTAFF

Come, I will go drink with you, but I cannot tarry dinner. I am glad to see you, by my troth, Master Shallow.

SHALLOW

O, Sir John, do you remember since we lay all night in the windmill in Saint George's field?

FALSTAFF

No more of that, good Master Shallow, no more of that.

SHALLOW

Ha! 'twas a merry night. And is Jane Nightwork alive?

FALSTAFF

She lives, Master Shallow.

SHALLOW

She never could away with me.

FALSTAFF

Never, never; she would always say she could not abide Master Shallow.

SHALLOW

By the mass, I could anger her to the heart. She was then a bona-roba. Doth she hold her own well?

FALSTAFF

Old, old, Master Shallow.

SHALLOW

Nay, she must be old; she cannot choose but be old; certain she's old; and had Robin Nightwork by old Nightwork before I came to Clement's Inn.

[...]

FALSTAFF

We have heard the chimes at midnight, Master Shallow.

SHALLOW

That we have, that we have, that we have; in faith, Sir John, we have: our watch-word was 'Hem boys!' Come, let's to dinner; come, let's to dinner: Jesus, the days that we have seen! Come, come.

3. HAMLET (Act I, Scene 2). Author: William Shakespeare

HORATIO

Hail to your lordship!

HAMLET

I am glad to see you well:

Horatio,--or I do forget myself.

HORATIO

The same, my lord, and your poor servant ever.

HAMLET

Sir, my good friend; I'll change that name with you:

And what make you from Wittenberg, Horatio? Marcellus?

[...]

HAMLET

I am very glad to see you. Good even, sir.

But what, in faith, make you from Wittenberg?

HORATIO

A truant disposition, good my lord.

HAMLET

I would not hear your enemy say so,

Nor shall you do mine ear that violence,

To make it truster of your own report

Against yourself: I know you are no truant.

But what is your affair in Elsinore?

We'll teach you to drink deep ere you depart.

HORATIO

My lord, I came to see your father's funeral.

HAMLET

I pray thee, do not mock me, fellow-student;

I think it was to see my mother's wedding.

HORATIO

Indeed, my lord, it follow'd hard upon.

HAMLET

Thrift, thrift, Horatio! the funeral baked meats

Did coldly furnish forth the marriage tables.

Would I had met my dearest foe in heaven

Or ever I had seen that day, Horatio!

My father!--methinks I see my father.

HORATIO

Where, my lord?

HAMLET

In my mind's eye, Horatio.

HORATIO

I saw him once; he was a goodly king.

HAMLET

He was a man, take him for all in all,
I shall not look upon his like again.

HORATIO

My lord, I think I saw him yesternight.

HAMLET

Saw? who?

HORATIO

My lord, the king your father.

HAMLET

The king my father!

HORATIO

Season your admiration for awhile
With an attent ear, till I may deliver,
Upon the witness of these gentlemen,
This marvel to you.

HAMLET

For God's love, let me hear.

HORATIO

Two nights together had these gentlemen,
Marcellus and Bernardo, on their watch,
In the dead vast and middle of the night,
Been thus encounter'd. A figure like your father,
Armed at point exactly, cap-a-pe,
Appears before them, and with solemn march
Goes slow and stately by them: thrice he walk'd
By their oppress'd and fear-surprised eyes,
Within his truncheon's length; whilst they, distilled
Almost to jelly with the act of fear,
Stand dumb and speak not to him. This to me
In dreadful secrecy impart they did;
And I with them the third night kept the watch;
Where, as they had deliver'd, both in time,
Form of the thing, each word made true and good,
The apparition comes: I knew your father;
These hands are not more like.

- **MAN – WOMAN:**

1. ROMEO AND JULIET (Act II. Scene 2). Author: William Shakespeare

Capulet's orchard.[...]

JULIET

Ay me!

ROMEO

She speaks:

O, speak again, bright angel! for thou art
As glorious to this night, being o'er my head
As is a winged messenger of heaven
Unto the white-upturned wondering eyes
Of mortals that fall back to gaze on him
When he bestrides the lazy-pacing clouds
And sails upon the bosom of the air.

JULIET

O Romeo, Romeo! wherefore art thou Romeo?
Deny thy father and refuse thy name;
Or, if thou wilt not, be but sworn my love,
And I'll no longer be a Capulet.

ROMEO

[Aside] Shall I hear more, or shall I speak at this?

JULIET

'Tis but thy name that is my enemy;
Thou art thyself, though not a Montague.
What's Montague? it is nor hand, nor foot,
Nor arm, nor face, nor any other part
Belonging to a man. O, be some other name!
What's in a name? that which we call a rose
By any other name would smell as sweet;
So Romeo would, were he not Romeo call'd,
Retain that dear perfection which he owes
Without that title. Romeo, doff thy name,
And for that name which is no part of thee
Take all myself.

ROMEO

I take thee at thy word:
Call me but love, and I'll be new baptized;
Henceforth I never will be Romeo.

JULIET

What man art thou that thus bescreen'd in night
So stumblest on my counsel?

ROMEO

By a name
I know not how to tell thee who I am:
My name, dear saint, is hateful to myself,
Because it is an enemy to thee;
Had I it written, I would tear the word.

JULIET

My ears have not yet drunk a hundred words
Of that tongue's utterance, yet I know the sound:
Art thou not Romeo and a Montague?

ROMEO

Neither, fair saint, if either thee dislike.

JULIET

How camest thou hither, tell me, and wherefore?
The orchard walls are high and hard to climb,
And the place death, considering who thou art,
If any of my kinsmen find thee here.

ROMEO

With love's light wings did I o'er-perch these walls;
For stony limits cannot hold love out,
And what love can do that dares love attempt;
Therefore thy kinsmen are no let to me.

JULIET

If they do see thee, they will murder thee.

ROMEO

Alack, there lies more peril in thine eye
Than twenty of their swords: look thou but sweet,
And I am proof against their enmity.

JULIET

I would not for the world they saw thee here.

ROMEO

I have night's cloak to hide me from their sight;
And but thou love me, let them find me here:
My life were better ended by their hate,
Than death prorogued, wanting of thy love.

JULIET

By whose direction found'st thou out this place?

ROMEO

By love, who first did prompt me to inquire;
He lent me counsel and I lent him eyes.
I am no pilot; yet, wert thou as far
As that vast shore wash'd with the farthest sea,
I would adventure for such merchandise.

JULIET

Thou know'st the mask of night is on my face,
Else would a maiden blush bepaint my cheek
For that which thou hast heard me speak to-night
Fain would I dwell on form, fain, fain deny
What I have spoke: but farewell compliment!

Dost thou love me? I know thou wilt say 'Ay,'
And I will take thy word: yet if thou swear'st,
Thou mayst prove false; at lovers' perjuries
Then say, Jove laughs. O gentle Romeo,
If thou dost love, pronounce it faithfully:
Or if thou think'st I am too quickly won,
I'll frown and be perverse and say thee nay,
So thou wilt woo; but else, not for the world.
In truth, fair Montague, I am too fond,
And therefore thou mayst think my 'havior light:
But trust me, gentleman, I'll prove more true
Than those that have more cunning to be strange.
I should have been more strange, I must confess,
But that thou overheard'st, ere I was ware,
My true love's passion: therefore pardon me,
And not impute this yielding to light love,
Which the dark night hath so discovered.

ROMEO

Lady, by yonder blessed moon I swear
That tips with silver all these fruit-tree tops--

JULIET

O, swear not by the moon, the inconstant moon,
That monthly changes in her circled orb,
Lest that thy love prove likewise variable.

ROMEO

What shall I swear by?

JULIET

Do not swear at all;
Or, if thou wilt, swear by thy gracious self,
Which is the god of my idolatry,
And I'll believe thee.

ROMEO

If my heart's dear love--

JULIET

Well, do not swear: although I joy in thee,
I have no joy of this contract to-night:
It is too rash, too unadvised, too sudden;
Too like the lightning, which doth cease to be
Ere one can say 'It lightens.' Sweet, good night!
This bud of love, by summer's ripening breath,
May prove a beauteous flower when next we meet.
Good night, good night! as sweet repose and rest
Come to thy heart as that within my breast!

ROMEO

O, wilt thou leave me so unsatisfied?

JULIET

What satisfaction canst thou have to-night?

ROMEO

The exchange of thy love's faithful vow for mine.

JULIET

I gave thee mine before thou didst request it:

And yet I would it were to give again.

ROMEO

Wouldst thou withdraw it? for what purpose, love?

JULIET

But to be frank, and give it thee again.

And yet I wish but for the thing I have:

My bounty is as boundless as the sea,

My love as deep; the more I give to thee,

The more I have, for both are infinite.

Nurse calls within

I hear some noise within; dear love, adieu!

Anon, good nurse! Sweet Montague, be true.

Stay but a little, I will come again.

Exit, above

ROMEO

O blessed, blessed night! I am afeard.

Being in night, all this is but a dream,

Too flattering-sweet to be substantial

2. **MACBETH. (ACT II. Scene 2. The same). Author: William Shakespeare**

Enter LADY MACBETH

LADY MACBETH

That which hath made them drunk hath made me bold;

What hath quench'd them hath given me fire.

Hark! Peace!

It was the owl that shriek'd, the fatal bellman,

Which gives the stern'st good-night. He is about it:
The doors are open; and the surfeited grooms
Do mock their charge with snores: I have drugg'd
their possets,
That death and nature do contend about them,
Whether they live or die.

MACBETH

[Within] Who's there? what, ho!

LADY MACBETH

Alack, I am afraid they have awaked,
And 'tis not done. The attempt and not the deed
Confounds us. Hark! I laid their daggers ready;
He could not miss 'em. Had he not resembled
My father as he slept, I had done't.

Enter MACBETH

My husband!

MACBETH

I have done the deed. Didst thou not hear a noise?

LADY MACBETH

I heard the owl scream and the crickets cry.
Did not you speak?

MACBETH

When?

LADY MACBETH

Now.

MACBETH

As I descended?

LADY MACBETH

Ay.

MACBETH

Hark!
Who lies i' the second chamber?

LADY MACBETH

Donalbain.

MACBETH

This is a sorry sight.

Looking on his hands

LADY MACBETH

A foolish thought, to say a sorry sight.

MACBETH

There's one did laugh in's sleep, and one cried
'Murder!'

That they did wake each other: I stood and heard them:
But they did say their prayers, and address'd them
Again to sleep.

LADY MACBETH

There are two lodged together.

MACBETH

One cried 'God bless us!' and 'Amen' the other;
As they had seen me with these hangman's hands.
Listening their fear, I could not say 'Amen,'
When they did say 'God bless us!'

LADY MACBETH

Consider it not so deeply.

MACBETH

But wherefore could not I pronounce 'Amen'?
I had most need of blessing, and 'Amen'
Stuck in my throat.

LADY MACBETH

These deeds must not be thought
After these ways; so, it will make us mad.

MACBETH

Methought I heard a voice cry 'Sleep no more!
Macbeth does murder sleep', the innocent sleep,
Sleep that knits up the ravell'd sleeve of care,
The death of each day's life, sore labour's bath,
Balm of hurt minds, great nature's second course,
Chief nourisher in life's feast,--

LADY MACBETH

What do you mean?

MACBETH

Still it cried 'Sleep no more!' to all the house:
'Glamis hath murder'd sleep, and therefore Cawdor
Shall sleep no more; Macbeth shall sleep no more.'

LADY MACBETH

Who was it that thus cried? Why, worthy thane,
You do unbend your noble strength, to think
So brainsickly of things. Go get some water,
And wash this filthy witness from your hand.
Why did you bring these daggers from the place?

They must lie there: go carry them; and smear
The sleepy grooms with blood.

MACBETH

I'll go no more:
I am afraid to think what I have done;
Look on't again I dare not.

LADY MACBETH

Infirm of purpose!
Give me the daggers: the sleeping and the dead
Are but as pictures: 'tis the eye of childhood
That fears a painted devil. If he do bleed,
I'll gild the faces of the grooms withal;
For it must seem their guilt.

Exit. Knocking within

MACBETH

Whence is that knocking?
How is't with me, when every noise appals me?
What hands are here? ha! they pluck out mine eyes.
Will all great Neptune's ocean wash this blood
Clean from my hand? No, this my hand will rather
The multitudinous seas in incarnadine,
Making the green one red.

Re-enter LADY MACBETH

LADY MACBETH

My hands are of your colour; but I shame
To wear a heart so white.

Knocking within

I hear a knocking
At the south entry: retire we to our chamber;
A little water clears us of this deed:
How easy is it, then! Your constancy
Hath left you unattended.

Knocking within

Hark! more knocking.
Get on your nightgown, lest occasion call us,
And show us to be watchers. Be not lost
So poorly in your thoughts.

MACBETH

To know my deed, 'twere best not know myself.

Knocking within

Wake Duncan with thy knocking! I would thou couldst!

Exeunt

3. *A MIDSUMMER-NIGHT'S DREAM. (Act II. Scene 1. A wood near Athens). Author: William Shakespeare*

Enter, from opposite sides, a Fairy, and PUCK

PUCK

How now, spirit! whither wander you?

Fairy

Over hill, over dale,
Thorough bush, thorough brier,
Over park, over pale,
Thorough flood, thorough fire,
I do wander everywhere,
Swifter than the moon's sphere;
And I serve the fairy queen,
To dew her orbs upon the green.
The cowslips tall her pensioners be:
In their gold coats spots you see;
Those be rubies, fairy favours,
In those freckles live their savours:
I must go seek some dewdrops here
And hang a pearl in every cowslip's ear.
Farewell, thou lovest of spirits; I'll be gone:
Our queen and all our elves come here anon.

PUCK

The king doth keep his revels here to-night:
Take heed the queen come not within his sight;
For Oberon is passing fell and wrath,
Because that she as her attendant hath
A lovely boy, stolen from an Indian king;
She never had so sweet a changeling;
And jealous Oberon would have the child
Knight of his train, to trace the forests wild;
But she perforce withholds the loved boy,
Crowns him with flowers and makes him all her joy:
And now they never meet in grove or green,
By fountain clear, or spangled starlight sheen,

But, they do square, that all their elves for fear
Creep into acorn-cups and hide them there.

Fairy

Either I mistake your shape and making quite,
Or else you are that shrewd and knavish sprite
Call'd Robin Goodfellow: are not you he
That frights the maidens of the villagery;
Skim milk, and sometimes labour in the quern
And bootless make the breathless housewife churn;
And sometime make the drink to bear no barm;
Mislead night-wanderers, laughing at their harm?
Those that Hobgoblin call you and sweet Puck,
You do their work, and they shall have good luck:
Are not you he?

PUCK

Thou speak'st aright;
I am that merry wanderer of the night.
I jest to Oberon and make him smile
When I a fat and bean-fed horse beguile,
Neighing in likeness of a filly foal:
And sometime lurk I in a gossip's bowl,
In very likeness of a roasted crab,
And when she drinks, against her lips I bob
And on her wither'd dewlap pour the ale.
The wisest aunt, telling the saddest tale,
Sometime for three-foot stool mistaketh me;
Then slip I from her bum, down topples she,
And 'tailor' cries, and falls into a cough;
And then the whole quire hold their hips and laugh,
And waxen in their mirth and neeze and swear
A merrier hour was never wasted there.
But, room, fairy! here comes Oberon.

Fairy

And here my mistress. Would that he were gone!